

“¿Por qué Luder?”. La revista peronista *Línea* y la campaña presidencial argentina de 1983

“Why Luder?” The peronist magazine *Línea* and the Argentine presidential campaign of 1983

“¿Por que Luder?” A revista peronista *Línea* e a campanha presidencial argentina de 1983

Marcelo Borrelli

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina
marcebor@yahoo.com
[ORCID](https://orcid.org/0000-0001-7091-4885) [0000-0001-7091-4885](https://orcid.org/0000-0001-7091-4885)

Eduardo Raíces

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina
eraices2015@gmail.com
[ORCID](https://orcid.org/0000-0001-6299-0968) [0000-0001-6299-0968](https://orcid.org/0000-0001-6299-0968)

Recibido: 6 de noviembre de 2024

Aceptado: 3 de noviembre de 2025

Artículo Científico. Este artículo es resultado del proyecto PICT 2020-01077 “Hacia las urnas. Las revistas políticas argentinas durante la transición a la democracia (1982-1983)” financiado por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación dirigido por Marcelo Borrelli e integrado por Eduardo Raíces.

Cómo citar: Borrelli, M., y Raíces, E. (2026). “¿Por qué Luder?” La revista peronista *Línea* y la campaña presidencial argentina de 1983. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 30(1). pp. 92-137. <https://doi.org/10.35588/pwqft68>



Resumen: Este artículo presenta hallazgos provenientes de una investigación en curso sobre la prensa política argentina durante la denominada “transición” hacia la democracia, entre 1982 y 1983. En particular, indaga el tratamiento editorial y la cobertura periodística ofrecidos por la revista peronista *Línea* ante la elección presidencial del 30 de octubre de 1983 en Argentina, que significaría el retorno democrático tras la experiencia de la dictadura militar en el poder desde marzo de 1976. El periodo estudiado se extiende desde mediados de 1982, luego del anuncio del gobierno militar sobre las normas de funcionamiento de los partidos políticos y de un cronograma electoral, hasta los días posteriores al resultado de las elecciones. Se sigue un enfoque cualitativo, basado en el análisis discursivo. Entre las conclusiones, se destaca que *Línea* asumió el rol intelectual de replantear la identidad peronista y estimular la unidad partidaria a través del antagonismo con la dictadura, posición que fue virando una vez lanzada la competencia electoral en 1983, cuando la diferenciación se trasladó hacia la candidatura del partido radical, a la que extendió las propiedades negativas atribuidas al gobierno militar. En relación con la interna peronista por la elección de sus candidaturas, desde una postura de autonomía intelectual en un principio apostó a la reestructuración desde las bases mediante el voto directo de sus autoridades y candidatos, manteniéndose relativamente equidistante en el conflictivo proceso de la determinación de la fórmula presidencial; pero, una vez resuelta, se volcó decididamente a acompañarla con tono proselitista. Por último, ante la derrota peronista en la elección a presidente se analizan los términos de la crítica del medio a la estrategia partidaria y a su propio rol en tal sentido.

Palabras clave: Prensa, peronismo, transición, dictadura militar argentina, elecciones argentinas de 1983.

Abstract: This article presents findings from an ongoing investigation into the Argentine political press during the so-called “transition” to democracy, between 1982 and 1983. In particular, it investigates the editorial treatment and journalistic coverage offered by the Peronist magazine *Línea* before the presidential election of October 30, 1983 in Argentina, which would mean the democratic return after the experience of the military dictatorship in power since March 1976. The period studied extends from mid-1982, after the announcement of the military government on the rules of functioning of the political parties and an electoral schedule, until the days after the results of the elections. A qualitative approach is followed, based on discursive analysis. Among the conclusions, it stands out that *Línea* assumed the intellectual role of rethinking the Peronist identity and stimulating party unity through antagonism with the dictatorship, a position that changed once the electoral competition was launched in 1983, when the differentiation

moved towards the candidacy of the radical party, to which he extended the negative properties attributed to the military government. In relation to the internal Peronist election of its candidates, from a position of intellectual autonomy, it initially opted for restructuring from the grassroots through the direct vote of its authorities and candidates, remaining relatively equidistant in the conflictive process of determining the presidential formula; but, once resolved, he decidedly decided to accompany her with a proselytizing tone. Finally, given the Peronist defeat in the presidential election, the terms of the media's criticism of the party strategy and its own role in this regard are analyzed.

Keywords: Press, Peronism, Transition, Argentine Military Dictatorship, 1983 Argentine elections.

Resumo: Este artigo apresenta achados provenientes de uma pesquisa em andamento sobre a imprensa política argentina durante a denominada “transição” para a democracia, entre 1982 e 1983. Em particular, investiga o tratamento editorial e a cobertura jornalística oferecidos pela revista peronista *Línea* diante da eleição presidencial de 30 de outubro de 1983 na Argentina, que significaria o retorno democrático após a experiência da ditadura militar no poder desde março de 1976. O período estudado se estende desde meados de 1982, após o anúncio do governo militar sobre as normas de funcionamento dos partidos políticos e de um calendário eleitoral, até os dias posteriores ao resultado das eleições. Adota-se uma abordagem qualitativa, baseada na análise discursiva. Entre as conclusões, destaca-se que *Línea* assumiu o papel intelectual de reformular a identidade peronista e estimular a unidade partidária por meio do antagonismo com a ditadura, posição que foi se modificando uma vez iniciada a competição eleitoral em 1983, quando a diferenciação passou a se dirigir à candidatura do partido radical, à qual estendeu as propriedades negativas atribuídas ao governo militar. Em relação à disputa interna do peronismo pela definição de suas candidaturas, a partir de uma postura de autonomia intelectual, em um primeiro momento apostou na reestruturação a partir das bases por meio do voto direto para a escolha de suas autoridades e candidatos, mantendo-se relativamente equidistante no conflituoso processo de definição da chapa presidencial; mas, uma vez resolvida, passou decididamente a acompanhá-la com um tom proselitista. Por fim, diante da derrota peronista na eleição presidencial, analisam-se os termos da crítica do periódico à estratégia partidária e ao seu próprio papel nesse sentido.

Palavras-chave: Imprensa, peronismo, transição, ditadura militar argentina, eleições na Argentina em 1983.



Introducción

El presente artículo estudia el tratamiento editorial de la revista peronista *Línea* ante la elección nacional del 30 de octubre de 1983 en Argentina, que significó el retorno democrático luego de casi ocho años de dictadura militar y de la que resultaría triunfador para la presidencia el candidato de la Unión Cívica Radical (UCR), Raúl Alfonsín. Nacida en junio de 1980, *Línea* se había constituido alrededor de su director, el historiador revisionista José María Rosa, y de un grupo de periodistas y militantes que reivindicaron el legado institucional del peronismo, con particular referencia al último mandato entre 1973 y 1974 de su fallecido líder Juan Perón, y al de su sucesora María Estela “Isabel” Martínez de Perón (1974-1976). Desde su primer número se ubicó en la oposición a la dictadura militar en el poder y exhibió una preocupación doctrinaria por la reconstitución del peronismo y del “movimiento nacional”, término que aglutinaba a diversas corrientes ideológicas no necesariamente peronistas (Raíces y Borrelli, 2018, pp. 456-462). Teniendo en cuenta estas orientaciones editoriales, se analizará el modo en que la publicación abordó la rehabilitación de la actividad política partidaria luego de la derrota argentina en la guerra de Malvinas en junio de 1982 —en particular las negociaciones entre los distintos sectores del peronismo en torno a la definición de su candidatura presidencial— y cómo intervino en la campaña presidencial en apoyo al candidato peronista Italo Luder, una vez definida su designación recién a inicios de septiembre de 1983.

Desde la consideración general de los medios de prensa como *actores políticos* (Borrat, 1989), cuyo accionar distintivo es el de la *influencia* sobre otros actores del sistema político, *Línea*, a partir de su carácter de medio intelectual vinculado al campo peronista, buscó intervenir activamente en la interna de Partido Justicialista (PJ) para lograr la mayor unidad partidaria posible ante el desafío electoral. Una vez definida la postulación de la fórmula Luder-Deolindo Bittel a inicios de septiembre de 1983, haría lo propio al ofrecerle un apoyo enfático. Pero esto se basó en una concepción “movimientista” del peronismo que, a diferencia de los sectores más enfocados en la dinámica exclusivamente partidaria, entendía que el *corset* partidario

no debía obstaculizar la “unidad” de los sectores referenciados en el “movimiento nacional”.¹ Por otra parte, observaremos en su retórica propositiva una construcción discursiva del pasado reciente en función de justificar la conveniencia de la opción justicialista y de reactualizar su proyecto político, en un contexto de cambios socioestructurales causados por el gobierno dictatorial con profundo impacto en las clases populares, base preferente del voto peronista. Al respecto, es nuestra hipótesis que, de cara a los comicios, *Línea* se aplicó a actualizar una identidad peronista² definida por la contestación a la dictadura y luego al radicalismo alfonsinista, tensionada a la vez entre la institucionalidad republicano-democrática y su vocación histórica movimientista, mayoritaria y con tendencias hegemónicas. Si frente a la dictadura asoció la identidad peronista a la última experiencia gubernamental de Perón (1973-1974) y la vinculó con actores políticos y sociales de común condición “nacional” —reivindicando la idea de “unión nacional” del acercamiento Perón-Ricardo Balbín³ de esta etapa—, la apertura de la competencia electoral en 1983 reflató la arena antagonica y revalidó el argumento de que el peronismo tenía una representación excluyente sobre el campo nacional. Como veremos, *a posteriori* de la derrota electoral la revista revisó esta estrategia y, de manera autocrítica, observó como un error haber subestimado la estrategia electoral frentista, que había sido exitosa para el peronismo en otros momentos históricos⁴.

1 La concepción movimientista del peronismo entendía que este era un movimiento político que excedía la rigidez de un partido político y estaba integrado por diversas vertientes, como, principalmente, el movimiento obrero organizado en sindicatos, diversas agrupaciones de la sociedad civil, “ramas” como la femenina o la juvenil, entre otras, conducidas por un líder, Juan Perón.

2 Siguiendo a Aboy Carlés (2001, p.64), definimos a las “identidades políticas” como “prácticas sedimentadas configuradoras de sentido que definen orientaciones gregarias para la acción a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna”

3 Balbín era el líder del radicalismo entre 1973-1974 y Perón tuvo gestos de acercamiento hacia él en el marco de su política de “unidad nacional” (lo que tomaba mayor valor aun teniendo en cuenta que Balbín había sido perseguido por el peronismo durante las dos primeras presidencias de Perón entre 1946 y 1955.

4 Por ejemplo, para las elecciones de marzo de 1973 el peronismo encabezó un frente de organizaciones partidarias denominado Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), que incluía al desarrollismo y pequeños sectores desprendidos del socialismo, el radicalismo y los conservadores populares.

A la luz de la revisión de la literatura académica, periodística y testimonial existente, este trabajo aborda un tema prácticamente inexplorado con anterioridad. La biografía de José María Rosa (Manson, 2009) describe su participación clave en *Línea* como director, haciendo foco en las circunstancias de su trayecto personal en el medio, pero sin ahondar en su conformación como colectivo ni pormenorizar en sus contenidos editoriales. Entre lo producido en términos de estudio de caso en el ámbito académico, se cuenta una ponencia aplicada a los editoriales de *Línea* durante el periodo (Lucero, 2018). Allí se ofrece un análisis del conjunto de editoriales del medio durante la dictadura, en el que la atención a sus valoraciones de la etapa electoral es sucinta. Por otra parte, contamos con las indagaciones previas de los autores de este trabajo para intentar ofrecer una mirada exhaustiva del medio durante los años dictatoriales, pero que se han enfocado principalmente en el periodo 1976-1982 (Borrelli y Raíces, 2018; Borrelli y Raíces, 2019; Raíces y Borrelli, 2016; Raíces, 2012, 2020).

Además de esta vacancia, entendemos que la elección de *Línea* como un objeto de estudio en sí mismo se fundamenta en que para la época de estudio se trataba de una revista con una clara referencialidad dentro del campo discursivo del revisionismo y de los sectores peronistas más opositores a la dictadura. El rol y respeto intelectual hacia su director José María Rosa, la construcción de una clara posición antidictatorial de parte de su revista -que inclusive le valieron persecución y censura-, su continuidad editorial desde su lanzamiento en 1980, y su carácter de revista de venta nacional y de “kiosko” le había otorgado un lugar de centralidad y referencialidad ineludible en el mundo editorial ligado a estas ideas. Su palabra tenía peso específico y analizarla en el contexto de 1983 es relevante teniendo en cuenta las circunstancias excepcionales de la coyuntura: una dictadura en retirada, un peronismo fragmentado —con profundos debates internos sobre su identidad y sobre cómo afrontar el albor democrático— y un desafío electoral en ciernes; el primero, además, a nivel nacional sin su líder en vida.

En el aspecto metodológico, el presente trabajo sigue un enfoque eminentemente cualitativo de abordaje de fuentes. Empleamos, a tal efecto, sendas formas de uso de los datos, la *ilustrativa*, que hace

de las citas ejemplos descriptivos o de apoyo a las conclusiones de los investigadores, y la modalidad *analítica*, aplicada a estudiar las construcciones discursivas de los actores a partir de la detección de las categorías organizadoras de sus relatos (Kornblit, 2004, p. 11). Aunque usualmente se tiende a concentrar la atención de las posiciones mediáticas en los editoriales como sistematización de su orientación política e ideológica (Borrat, 1989), asumimos también las portadas, contraportadas y las notas en condición de anonimato, que configuran gran parte de sus contenidos, como lugares donde quedó expresada igualmente su opinión directiva. Asimismo, damos cuenta de las firmadas en su interrelación con las anteriores en tanto resulten pertinentes.

Para acometer lo propuesto, contemplaremos el *corpus* de la revista desde el anuncio de la promulgación de facto de la autorización de funcionamiento público de los partidos políticos en agosto de 1982 y del establecimiento de un cronograma electoral, hasta la evaluación editorial del resultado electoral del 30 octubre de 1983 en su edición de noviembre de ese año.

El convulsionado camino a las elecciones y la recomposición conflictiva del peronismo

El escenario político posterior a la derrota militar en la guerra de Malvinas en junio de 1982 aceleró el proceso de fragmentación y enfrentamiento interno de las Fuerzas Armadas gobernantes, aquejadas además por una situación económica comprometida y al borde del colapso (Quiroga, 2004, p. 303). En términos sociales, el desenlace del conflicto afianzó el descrédito hacia los militares (Novaro y Palermo, 2003, p. 462) y, luego de años de disciplinamiento y de autocontención de las demandas corporativas, se abrió una etapa donde cada sector se consideró habilitado para presionar por sus intereses (Jordan, 1993, pp. 393-394), lo cual multiplicó las expresiones de movilización y disidencia ciudadana (Franco, 2023, pp. 46-50). Los principales partidos políticos, reunidos en la Multipartidaria desde

julio de 1981,⁵ contemplaron la nueva etapa con una expectación modulada por la prudencia en su tono opositor, de acuerdo con sus intenciones de lograr la normalización de la actividad partidaria de cara a una futura convocatoria a elecciones.

Por su parte, el peronismo y su expresión partidaria, el Partido Justicialista, habían sufrido una conmoción profunda desde el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Desalojado del poder por las Fuerzas Armadas, tras un profundo proceso de crisis partidaria y de gobierno entre 1973 y 1976, fue objeto preferente de la represión estatal “legal” y clandestina de la dictadura, sindicado desde el impulso refundacional del nuevo gobierno como el responsable fundamental del “caos” en que se había sumido el país (Canelo, 2008; González Bombal, 1991; Novaro y Palermo, 2003; Quiroga, 2004). No menor en esta empresa fue la decisión de la Junta militar gobernante de acabar con las bases del modelo de Bienestar promovido por el peronismo y encarar una liberalización de las relaciones laborales, la apertura de la economía y la revalorización del sector financiero, de consuno con la implantación del terrorismo de Estado. La actividad partidaria fue suspendida y fue perseguida cualquier forma de disidencia y de oposición, bajo el imperio del concepto difuso de persecución de la “subversión”. La base gravitante del peronismo, el movimiento sindical, sufrió severas medidas tendientes a su control e inmovilización.⁶ La militancia de base peronista fue, en términos cuantitativos, el principal objetivo de encarcelamiento, asesinato y desaparición, con particular foco en sus expresiones gremiales y juveniles de la izquierda peronista (Ferrari, 2023, p. 25). Por su parte, la presidenta derrocada y titular del PJ, Isabel Perón, junto a otros importantes dirigentes políticos y sindicales peronistas, fue sometida a prisión. Desde entonces, la

5 La Multipartidaria reunió a la UCR, el PJ, los desarrollistas del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), el Partido Intransigente (PI) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC). Fue impulsada por el radicalismo para estructurar una recomposición política de la dirigencia partidaria que funcionara como herramienta de negociación frente a la dictadura y que sentó las bases de la transición hacia la democracia.

6 La Confederación General del Trabajo (CGT) y las principales federaciones que la integraban fueron intervenidas, se prohibió la actividad gremial, se suspendió el derecho de huelga, la negociación colectiva, los fueros sindicales, las leyes de contrato de trabajo y las garantías constitucionales conexas, mientras se perseguía sistemáticamente a activistas sindicales y comisiones internas, entre otras medidas (Novaro y Palermo, 2003, pp. 114-115; Sangrilli, 2023, pp. 227-229).

estructura partidaria quedó a cargo del vicepresidente primero del PJ, Deolindo Bittel. Ex gobernador de la provincia del Chaco, depuesto por el golpe de 1976 —había sufrido la misma situación en 1966—, Bittel sostuvo el reclamo por la liberación de Isabel y por la recuperación de la actividad partidaria, al tiempo que adoptó algunas posiciones de oposición a la dictadura.

Con el inicio de una tibia “apertura” política del régimen hacia 1980 el Justicialismo comenzó a reposicionarse como actor político, en tanto las Fuerzas Armadas asumieron la imposibilidad de excluirlo en razón de su ostensible representatividad social (Canelo, 2008, p. 170; González Bombal, 1991, pp. 52-53). Este reconocimiento se vio materializado en ciertos gestos, como la invitación del gobierno militar a la segunda ronda del “diálogo político” a dirigentes peronistas de sectores proclives al acercamiento con el oficialismo. Esta incorporación de un sector del justicialismo como “interlocutor válido” —según la jerga oficial— a la mesa de negociaciones aguzó la “interna” peronista y precipitó la diferenciación entre las ramas dirigenciales “dialoguistas”, que perseguían la reinserción partidaria a partir de cierta convalidación del poder dictatorial (aún con críticas a las políticas económicas y, en menor medida, a la represión), y aquellas que marcaron un distanciamiento respecto al llamado oficial (tesitura en la que se situaría *Línea*) (Velázquez Ramírez, 2019, pp. 23-24). Instancias como la mencionada pusieron de relieve las disputas por un liderazgo que había quedado vacante por la muerte de Perón el 1° de julio de 1974 y por el encarcelamiento de su sucesora luego del golpe de 1976. En tal sentido, y dado el relativo congelamiento de la actividad partidaria hasta 1980, debe señalarse un aspecto constitutivo de la situación partidaria ya presente antes del conflicto por Malvinas: la diferenciación entre sectores “verticalistas” y “antiverticalistas”, que se definían en relación al grado de adhesión hacia la titular del PJ y que repercutió en su relación con el gobierno militar (siendo el verticalismo cercano a Isabel tendencialmente opositor y el antiverticalismo proclive al diálogo; Velázquez Ramírez, 2019, pp. 24).⁷

7 La distinción entre “verticalistas” y “antiverticalistas” se había producido a fines de 1975 entre los y las legisladores justicialistas que habían avalado las medidas de ajuste económico del gobierno de Isabel y quienes las habían censurado, junto a cuestionar la ya deslucida autoridad de la presidenta. En dictadura, los y las conocidos

A diferencia del radicalismo, que desde fines de 1982 contó con un liderazgo indiscutible encarnado en Raúl Alfonsín, quien encabezó la fórmula presidencial designada en julio del año siguiente,⁸ la elección de la candidatura justicialista resultó mucho más intrincada por la fragmentación y disputas intestinas y se resolvió apenas dos meses antes de la elección, a inicios de septiembre. Esta conflictividad se expresó en la multiplicación de posibles postulantes entre los distintos agrupamientos internos y reflejó la fragmentación de un partido cuyo funcionamiento había dependido históricamente de la conducción indiscutida de Perón.⁹ Adicionalmente, contra las intenciones de la “rama política” del PJ, el sindicalismo peronista tuvo prevalencia en la definición de las candidaturas, sobre todo en las provincias más industrializadas, mientras que en el resto del país tendieron a prevalecer las redes políticas locales (Ferrari, 2023, p. 28). La gravitación política sindical se comprobó en el decisivo respaldo a la fórmula finalmente consagrada de Luder-Bittel por parte del secretario general de las 62 Organizaciones y vicepresidente segundo del PJ, el sindicalista Miguel (Baeza Belda, 2017, pp. 162-163; Ferrari,

como antiverticalistas fueron vistos por el oficialismo militar como el sector apto para generar un peronismo desprovisto de rasgos “populistas” (González Bombal, 1991, p. 53; Suárez, 2023, p. 192).

8 Alfonsín, líder dentro del radicalismo del centroizquierdista Movimiento de Renovación y Cambio, se impuso en las internas a Fernando De la Rúa, representante de los sectores moderados y conservadores aunados en Línea Nacional.

9 Las principales corrientes internas del justicialismo en 1983 eran el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), presidido por el ascendente Antonio Cafiero, apoyado por el agrupamiento sindical de las 62 Organizaciones y alineado con Bittel; la Coordinadora Peronista de Angel Robledo, quien era abogado de Isabel Perón y había sido ministro durante su presidencia; Reafirmación Doctrinaria, la agrupación orientada a la centroderecha del antiverticalista Raúl Matera; Intransigencia y Movilización de Vicente Saadi (ligado a la izquierda peronista); otras agrupaciones se referenciaban en el exgobernador de La Rioja Carlos Menem y en el cordobés José Manuel de la Sota. Luder, ex senador nacional y quien fuera presidente provisional durante un corto tiempo en 1975, no respondía a ninguna corriente en particular y buscaba mostrarse equidistante de las diversas facciones (Ferrari, 2023, pp. 29-30; Baeza Belda, 2017, pp. 157-158). También el sindicalismo peronista estaba dividido entre su sector más intransigente, la CGT-Brasil de Saúl Ubaldini -referenciada en Lorenzo Miguel, el poderoso líder de las 62 Organizaciones-, y la CGT-Azopardo, más dialoguista. En el marco de esa fragmentación, en un hecho inédito para la historia peronista, entre junio y agosto de 1983 los peronistas de todo el país fueron a las urnas para dirimir las elecciones internas, en donde las figuras de Luder, Cafiero y Bittel eran los mayores aspirantes para la candidatura presidencial (Ferrari, 2013, p. 154).

2013, p. 35; Suriano y Álvarez, 2013, pp. 221-223; Velázquez Ramírez, 2019, p. 71).

Aquejada por los fantasmas del pasado “caótico” de sus últimos gobiernos entre 1973-1976, por las secuelas de la represión castrense y por políticas económicas que habían afectado seriamente a su base social, sumados a las disputas internas y al desprestigio acarreado por denuncias como la del pacto “militar-sindical”,¹⁰ la tardía campaña del peronismo asumió un tono defensivo, dirigido en lo fundamental a los y las adherentes y escasamente orientado al voto independiente (Ferrari, 2023, p. 30). Pese a este complejo escenario, y ante un Alfonsín ascendente como nuevo y atractivo “fenómeno” de la política,¹¹ el peronismo encaró la campaña absolutamente confiado en su “imbatibilidad” electoral, prejuicio que abarcaba a todos los actores políticos.¹²

Finalmente, la derrota electoral —51% de votos radicales frente al 40% justicialista—, expuso sin matices la crisis peronista y su escasa

10 En abril de 1983 Alfonsín había denunciado públicamente un posible pacto entre sectores militares y sindicales peronistas que garantizaría la impunidad castrense por los crímenes cometidos durante la dictadura en un eventual gobierno justicialista, que a su vez se beneficiaría de la no injerencia castrense para asegurar la gobernabilidad. La versión de un acuerdo de este tipo había surgido desde los propios sectores de la izquierda peronista a fines de 1982 (Ferrari, 2023, pp. 65-66; Velázquez Ramírez, 2019, p. 72), pero Alfonsín la popularizó y logró así manejar los tiempos de la campaña electoral. La denuncia tuvo un fuerte impacto en una opinión pública proclive a rechazar un pacto corporativo que contrastaba con el horizonte democrático y logró trasladar el desprestigio militar hacia el sindicalismo peronista, principal sostén, como se ha mencionado, del partido justicialista. Aunque *Línea* filió la denuncia en una maniobra conspirativa del radicalismo alfonsinista alentada por los intereses estadounidenses, tampoco lo negó de modo tajante, asociándolo a la división sindical y a la falta de una estrategia común frente al poder castrense (Martínez, *Línea*, 1983, p. 9).

11 Desde mediados de 1982 la figura de Alfonsín fue creciendo con un discurso que parecía sintonizar con las principales demandas de la hora, con eje en la ruptura con el pasado, su cuestionamiento a las corporaciones -como los sindicatos y las Fuerzas Armadas-, la valoración de una economía más distributiva y un planteo más claro en relación a la cuestión de los derechos humanos, en torno a un juzgamiento en función de los niveles de responsabilidad. Su carisma y una campaña política innovadora también fueron claves en su crecimiento (Estévez Andrade y Méndez, 2023; Gerchunoff, 2022; Masi, 2014; Muiño, 2013).

12 Esta certeza se asentaba sobre varios hechos concretos: el peronismo nunca había sido vencido en elecciones libres a nivel nacional, había movilizado más seguidores que los radicales en los actos de campaña -aunque éstos habían movilizado gran cantidad—y las reafiliaciones partidarias realizadas durante 1983 habían sido mucho más masivas en el justicialismo que en el radicalismo (3.005.355 y 1.410.123 de afiliaciones, respectivamente) (Ferrari, 2013, p. 47).

capacidad de sintonizar con las necesidades de un sector importante de la sociedad argentina ante una elección que estaba marcando un cambio de época (Persello, 2015, pp. 322-363).

La revista *Línea*: unidad del peronismo frente a la dictadura

Línea comenzó a aparecer en junio de 1980 y se publicó hasta principios de la década siguiente. En su primera etapa fue dirigida por el veterano intelectual e historiador revisionista José María “Pepe” Rosa hasta su renuncia, meses antes de los comicios (Manson, 2009, pp. 363-364). Lo acompañó un grupo editor de militantes peronistas, cuya figura más destacada fue Rubén “Chacho” Contesti, ex diputado nacional por Santa Fe y dirigente de un núcleo militante del peronismo provincial¹³ y más tarde sucesor de Rosa al frente de la revista. Durante el periodo estudiado la redacción, muy cambiante a lo largo de la historia de la revista, se compuso de Rosa, Contesti —director ejecutivo—, Fernando García Della Costa —coordinador periodístico que más tarde ofició brevemente de director en reemplazo del anterior—, Damián Martínez —secretario de redacción—, Salvador Ferla, Miguel Bianchi, Luis Ricardo Furlan y Osvaldo Guglielmino, entre otros y otras. El ilustrador y humorista Héctor Beas realizó el diseño de las portadas —antes provisto por Equipos de Difusión, orientado por Enrique Albistur—, la diagramación y la mayor parte del humor gráfico de las páginas interiores. Se trataba de un equipo compuesto por adherentes al peronismo y al nacionalismo popular, que en algunos casos habían integrado organismos gubernamentales y desarrollado tareas intelectuales con anterioridad a 1976. La iniciativa fue, según testimonios, apoyada por Isabel Perón y contó con la asistencia de integrantes de la peronista Agrupación Scalabrini Ortiz de periodistas (Manson, 2009, pp. 336-337).

Se trató de una publicación de actualidad política con periodicidad mensual hasta mediados de 1982 —luego quincenal—, con distribución comercial o “de quiosco” y con alcance nacional.¹⁴ En la etapa que

13 Contesti sería a posteriori referente de la agrupación Línea Nacional en la provincia.

14 La tirada del primer número fue de 10.000 ejemplares y del segundo de 12.000 (Manson, 2009, p. 339). A mediados de 1983 declaraba editar 55.000 quincenales, con un lectorado presunto de 275.000 personas (“Su cotidiana preocupación, ventas”, *Línea*, 1983, p. 2).

abarca este trabajo su extensión fue variable, entre las 35 y las 50 páginas. Su tapa y contratapa fueron impresas a color y sus páginas interiores combinaron el blanco y negro con la inserción de un color. Mantuvo una organización convencional en secciones, y entre las más relevantes se contaron la editorial, que abría cada edición y estaba firmada por Rosa (y luego por Contesti); “Argentina”, de análisis coyuntural local; “Mundo”, que se abocaba al plano político internacional; y los apartados permanentes “Economía”, “Cultura” y “Medios”. Estaba destinada a un público amplio y venía a potenciar una trama de publicaciones de la constelación peronista de oposición.

Su virulencia discursiva, expresada en portadas irónicas y directas contra las autoridades castrenses, le costó sufrir actos de censura y persecución, la prohibición y clausura temporal durante 1981 y 1982 y el procesamiento de Rosa por parte de la Corte Suprema de Justicia. Dada la escasez de investigación académica para esta franja de la edición del periodo —con excepciones como las publicaciones de Otal Landi (2018 y 2025)—, la reconstrucción del mapa de interlocuciones, afinidades y contrastes polémicos de *Línea* resultará provisional y se basa en los medios que mencionó o publicitó en sus páginas y en los coexistentes pero no aludidos. Entre los afines, debe mencionarse la inclusión de avisos y comentarios sobre *Pueblo Entero* y *Movimiento* (ambas dirigidas por Fermín Chávez),¹⁵ *Barbarie* (dirigida por Osvaldo Guglielmino, colaborador de *Línea*), *Crear* —su director, Oscar Castelucci, fue otro efímero integrante de *Línea* y *El Brulote* (dirigida por Manuel Freytas e igualmente colaborador del mensuario de Rosa en los primeros años). Estas presencias en sus páginas revelan una coexistencia relativamente armónica, aún ante las opciones tomadas tempranamente por algunas de ellas, como fue el caso de *Movimiento* y la precandidatura de Cafiero, mientras que, como veremos, *Línea* se

15 Amigo de Rosa, Chávez fue otro referente historiográfico revisionista que desde una posición apartidaria encabezó una revista con compromisos políticos puntuales: *Movimiento* expresó al Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización, que orientaban los dirigentes justicialistas Antonio Cafiero, Deolindo Bittel y Miguel Unamuno. Cafiero, ex ministro y legislador, de cara a las elecciones de 1983 sería precandidato presidencial y a la gobernación bonaerense. Bittel, ex gobernador de la provincia del Chaco y vicepresidente del PJ, orientó el Instituto para el Tercer Plan Quinquenal para conformar el programa político de la candidatura de Cafiero (Ferrari, 2013, p. 30) e integraría la fórmula en las presidenciales de 1983 que encabezó Ítalo Luder. Unamuno, sindicalista bancario, había sido ministro de Trabajo en el gobierno de Isabel Perón (1974-1976).

propuso acompañar al candidato que surgiera del proceso decisorio interno. Desde este plano su postura contemplativa fue consistente con la interpelación a los distintos sectores peronistas y “nacionales” en pos de una unidad que aplacara la fragmentación interna. En el mismo sentido, es probable que su preeminencia en difusión y ventas la predispusiera de por sí a la recepción benevolente de otros componentes menos rutilantes de su ecosistema editorial sin detenerse en las posibles diferencias y contrastes que pudiera detectar. Otros componentes del mapa esbozado se revelan directamente por ausencia. Para la época estudiada, debe contemplarse como exponente de la izquierda peronista al diario *La Voz*, aparecido en 1982, financiado por Montoneros y representante de la agrupación Intransigencia y Movilización Peronista que aunaba clandestinamente a la organización con el sector del dirigente ortodoxo, ex senador y ex gobernador de la provincia de Catamarca, Vicente Saadi (Mancuso, 2015). En similar ubicación general se destacó también la revista de debate intelectual *Unidos* (Garategaray, 2019), lanzada en mayo de 1983 y abocada a una exhaustiva revisión doctrinaria e histórica de la experiencia política peronista contemporánea. En ambos casos los perfiles mediáticos e ideológicos marcan la distancia con *Línea*. Descontada la distancia de la revista del revisionismo de izquierda —lo que no le impidió publicar eventualmente opiniones políticas de referentes como Jorge Abelardo Ramos en aras de la diversidad del arco “nacional”—, *La Voz* comportaba un matutino anclado en la actualidad, Rosa a diferencia de *Unidos* comandó hasta su renuncia un medio cuyos contenidos se repartieron entre la reconstrucción histórica, las invocaciones doctrinarias y la discusión más política que intelectual sostenida por el grupo impulsor detrás de sí para instalarse en la escena pública. Por último, cabe nombrar la revista de denuncia y actualidad política *Sin Censura*, dirigida por el sinuoso afiliado justicialista, escritor y editor Eduardo Varela-Cid y *Primera Plana* (Borrelli, 2026), renacida en marzo de 1983 bajo la dirección de Alejandro Sáez-Germain y el auspicio del empresario Jorge Antonio (donde Rosa publicaría notas tras abandonar *Línea*). Para todos estos medios no hemos registrado menciones. En cuanto a sus contradestinatarios —para tomar el célebre concepto de Verón— declarados, la revista *Humor* que ocupaba para entonces un lugar central en el mercado de prensa, fue calificada de

órgano “comercialista y oportunista” al exhibir una actitud satírica hacia la dirigencia peronista y en particular hacia la figura de Isabel Perón (Raíces, 2021, pp. 6-7). Tal distancia no impidió que, de manera excepcional, el escritor y guionista de raigambre peronista Juan Sasturain insertara colaboraciones en ambas publicaciones, en tanto *Humor* contuvo colaboradores con esa adscripción política (Raíces, 2021) Asimismo, *Línea* al igual que la revista dirigida por Andrés Cascioli, abrevó para la composición de sus tapas en la ironía y el sarcasmo como característica destacable de su discurso opositor.

Su perfil ideológico dentro del peronismo resultó deudor de una ortodoxia que, como en el caso de su director y de colegas y amigos personales como Arturo Jauretche o Fermín Chávez, se caracterizaba por el énfasis en la cuestión nacional, la afirmación de la independencia de los imperialismos occidental y soviético y la relativa indiferencia hacia toda disputa ideológica en términos de polos a izquierda y derecha del Movimiento, entre otras características. En términos coyunturales concretos, estos lineamientos implicaron la identificación dentro de la diversidad partidaria con un verticalismo moderado —que inicialmente hizo del reclamo de liberación de Isabel Perón, viuda y aparente heredera del líder fundador, una clave de posicionamiento político en la interna—y “de centro” (Ferrari, 2023, p. 26). Componente fundamental en este último sentido fue, por ejemplo, la reivindicación del Proyecto Nacional del Perón de 1974, de clara índole reformista y consensual. El tono más extremo de la revista devino del apoyo discursivo a los actores peronistas con posiciones más intransigentes contra una dictadura que había arrancado al justicialismo del poder e impuesto una reestructuración social represiva dirigida particularmente contra la clase obrera y los sectores populares. En ese marco, que Rosa dirigiera *Línea* suponía el intento de transferirle el prestigio de su firma como referente de la corriente revisionista; desde sus editoriales y notas le aportó en particular un léxico, tópicos y ángulos analíticos familiares para muchos y muchas de los lectores de su obra, con foco en una crítica de la política económica, de la represión al movimiento obrero y de la corporativización de la Fuerzas Armadas sobre la base de la dicotomía revisionista (“nacional”/“antinacional”; “popular”/“oligárquico”) que tenía explícito correlato en ejemplos históricos desgranados por el

autor y otros colaboradores incansablemente, edición tras edición. El aporte de Rosa en sus editoriales y artículos tendió, sobre tal base, a limitarse al plano histórico con sentido aleccionador para el presente.¹⁶

A tono con la convocatoria de la Multipartidaria, entre 1981 y 1982 el medio publicó testimonios y declaraciones de dirigentes de otros partidos reconocidos como pertenecientes al “campo nacional”, para procurar consolidar la verosimilitud de su propio discurso. Mientras que la deliberada sustracción del director a unos debates y pugnas intrapartidarios, paralelos y cada vez más presentes en los contenidos de *Línea* por la pluma de otros autores, dejaba traslucir que el prolongado respaldo de Rosa al peronismo seguía siendo inorgánico e independiente —actitud que también lo aunó con los intelectuales mencionados más arriba—. La impronta en apariencia exclusivamente académica del revisionismo, entretanto, había servido para que núcleos dispersos organizaran durante la dictadura y en distintos puntos del país entidades que en una época de proscripción de la actividad política conectaron mediante actividades y charlas de difusión los temas históricos con los tópicos “nacionales” de la doctrina peronista (Manson, 2009, p. 335). Siendo que Rosa se había servido previamente de esa red para proseguir su tarea intelectual, *Línea* publicó regularmente información sobre sus eventos y, asimismo, alentó la constitución de nuevos espacios similares identificados con ella, que constituyeron otros tantos puntos de gira publicística para el director y fueron vehiculizando, de modo cada vez más explícito, las finalidades de proselitismo y organización políticos de su existencia, a tono con la reactivación partidaria dada por la crisis de la dictadura.

Por otra parte, un rasgo permanente de la revista fue su interrogación sobre la identidad del peronismo, en una coyuntura en la cual, como se ha mencionado, su expresión partidaria se encontraba en un estado de recomposición conflictiva entre quienes buscaban un acercamiento a las autoridades militares y quienes eran renuentes

16 Para el revisionismo, el pueblo como expresión de la nacionalidad quedaba confrontado con los intereses foráneo-coloniales. Sus tesis planteaban la historia argentina de modo antinómico: fueran la dicotomía entre las masas y las minorías ilustradas, la de los beneficiados y los perjudicados por la dominación económica extranjera o la de una nación de las élites liberales o militares -artificial—frente a la del pueblo -real, pero negada y oculta—(Neiburg, 1998, p 101).

a esos contactos. Desde su número inicial se caracterizó por ejercer una crítica severa contra la política económica, sindical y cultural de la dictadura, con menor presencia en lo referente a los derechos humanos (de acuerdo a su equivalente presencia minoritaria en la agenda política de los partidos mayoritarios, con excepciones como la de Alfonsín). El accionar de las Fuerzas Armadas fue leído en términos de un corporativismo exacerbado que las había convertido, desde el golpe de septiembre de 1955 contra Perón, en un virtual “partido militar” al servicio de los intereses económicos liberales y en usurpadoras de la soberanía popular y de la Constitución (Raíces, 2012, pp. 86-89).

La estructura financiera del medio se basó en la venta de ejemplares, incluso mediante suscripciones anuales anticipadas (Manson, 2009, p. 338). El aporte publicitario fue escaso y se limitó a anuncios de profesionales y de editoriales ideológicamente afines (como Arturo Peña Lillo editor o El Cid editor). Sin embargo, la repercusión que tenían sus posiciones opositoras atrajo algunos avisadores comerciales, como agencias de turismo, hoteles e inmobiliarias.

De la oposición a la unidad

En septiembre de 1982, *Línea* volvió a lanzar una portada preparada para generar repercusión por su contundencia. La foto de una madre que extendía a su hija desde una bolsa de basura paquetes de algo que parecía ser comida, la dominaba bajo el titular “Lo que el proceso no quiere ver. Hambre en las calles”.¹⁷ La dictadura, de este modo inequívoco, quedaba señalada como responsable de la acentuada pauperización social, además de su práctica autoritaria y su subordinación a los intereses económicos extranjeros, recurrentemente denunciado en ediciones anteriores. Si este discurso contra el régimen interpelaba a un lectorado amplio, predispuesto a recibir mensajes opositores, su contratapa estaba destinada a quienes vislumbraba como su público específico y

17 “Proceso” hace referencia a la autodenominación del gobierno militar como “Proceso de Reorganización Nacional”.

anticipaba uno de los ejes de la disputa política de cara a las futuras elecciones, camino que acababa de inaugurarse con la promulgación de la normativa de funcionamiento partidario.¹⁸ En efecto, la contraportada presentaba una “convocatoria” de “Línea nacional”, dirigida a los y las simpatizantes peronistas, donde indicaba que la dictadura a través del Estatuto de partidos y de la ley electoral buscaba transformar al justicialismo en “un partido demoliberal más, pequeño, débil e inofensivo”. Afirmaba, por contraste, que esta corriente política pugnaba por “un Partido Justicialista multitudinario, leal al Movimiento Peronista, fiel al pensamiento político del general Perón, opositor a la dictadura antinacional expresada por el Proceso, sin complicidades ni concesiones a ningún imperialismo” (“Convocatoria”, *Línea*, 1982, p. 2). Para contrarrestar estos aparentes objetivos oficiales, propugnaba la afiliación masiva, la promoción de la organización política y la conversión de las Unidades Básicas en espacios de “adoctrinamiento, difusión, discusión y movilización” (“Convocatoria”, *Línea*, 1982, p. 2). Rubricaban el llamado Rosa y Contesti, en su carácter de responsables del medio y también de la corriente de opinión promocionada. Varias cuestiones resaltaban del texto. Primero, la reivindicación del peronismo como fuerza ideológica alternativa a los bloques en pugna en la Guerra Fría y la correlativa impugnación desembozada del régimen castrense como “dictadura antinacional”, deudora de uno de sus polos, el liderazgo por Estados Unidos. Estas definiciones, que podrían atribuirse al clima político posterior a la derrota en el conflicto de Malvinas, estuvieron presentes en el discurso editorial de *Línea* casi desde su inicio (Raíces y Borrelli, 2016). En segundo lugar, la “Convocatoria” exhibía su intención de rebasar el plano mediático para insertarse de lleno en la reconstrucción partidaria, pero sin perder de vista el carácter específico que había acompañado la fundación y decurso de la publicación. Esto es, “Línea nacional”, como espacio diferenciado y de acuerdo con la prolongada trayectoria de Rosa como difusor de este ideario, tenía en la tarea intelectual su principal aporte más

18 A fines de agosto de 1982 el gobierno militar había sancionado el Estatuto de los Partidos Políticos que establecía las pautas para la reinserción de los partidos en la vida institucional (Melo, 1989, pp. 44-45; Suárez, 2023, p. 187).

que en la competencia política interna.¹⁹ Pero ahora no solo desde la tribuna editorial, sino mediante la intensificación de la actividad de agitación y difusión, para lo que se promovía la organización de espacios locales (“Centros peronistas”, no necesariamente coincidentes con las Unidades Básicas según se desprendía de lo afirmado). De algún modo, la iniciativa se montaba sobre los distintos ámbitos “de estudio” ya mencionados y promovidos por la revista para nuclear a simpatizantes peronistas dispersos. En tercer lugar, asomaba en la crítica a la pretendida reducción “demoliberal” del peronismo una acusación con varios destinatarios, dos indirectos y otro ubicado en su espacio político. Por una parte, la dictadura y su forma de delimitar las estructuras y competencias partidarias, proveniente del constitucionalismo liberal, y el resto del arco político con especial foco en su principal adversario, la UCR. Por otra, los sectores del justicialismo percibidos como favorables a consolidar ese formateo partidario (“demoliberal”), tal como era peyorativamente descrito por *Línea*, y que para ello contaban con la complicidad de las autoridades militares (González Bombal, 1991, p. 53).

En este contexto, la dictadura aparecía como la principal antagonista del peronismo, caracterizada como personera de los grupos de poder económico liberales de raigambre extranjera. Y ante una crisis que la revista avizoraba como irremediable, denunciaba su intento de poner en marcha, con el auspicio estadounidense, una sucesión política que detrás del formalismo democrático mantendría el esquema político/económico dependiente y colonial (“La propuesta justicialista”, *Línea*, 1983, pp. 16-20). Se seguía de este planteo, inserto en el esquema interpretativo revisionista, que los partidos integrados en el esquema institucional pretendían, en relativa consonancia con los designios castrenses, quedarse con el poder dejando intacta una dominación extranjera entendida como “imperialista”:

19 No obstante, Línea Nacional en algunos lugares se constituyó como agrupación política. Fue el caso de la provincia de Santa Fe, de la cual como se ha dicho era oriundo Contesti, donde con tal nombre fue presentada una lista en la interna para elegir la candidatura gubernativa del PJ, vinculada con el grupo realizador de la revista (Baeza Belda, 2010, p. 1340). Asimismo, Línea Nacional declaró contar con locales en Córdoba y Capital Federal.

Para radicales, izquierdistas y demás sectores de formación liberal y escasa conciencia nacional antiimperialista, la consigna está reducida a atacar el carácter militar —no civil— del gobierno. La cuestión clave, nuestra actual situación colonial, no aparece. “Cambiar un abogado por un general” parece ser toda la comprensión que tienen. El imperialismo no existe («“Se va a acabar...” Una consigna, dos líneas políticas», *Línea*, 1983, p. 8).

El cuestionamiento hacia el arco partidario por su apego “liberal” a los procedimientos republicanos y constitucionales, por sus concepciones extranjerizantes o por su menosprecio hacia la cuestión social, la movilización popular y el peso del colonialismo en la política nacional, evocaba en suma la tradición política y las claves interpretativas históricas del nacionalismo popular, del revisionismo histórico y del peronismo (Neiburg, 1998). En este plano, y como tendremos ocasión de repasar más adelante, *Línea* insistirá en la denuncia de la índole espuria de la candidatura ascendente de Alfonsín, con base en acusaciones como la supuesta financiación de su campaña por empresas multinacionales o su vinculación con el poder estadounidense y la socialdemocracia europea (“Finanzas de la política”, *Compañero*, 1982, p. 23).

En relación a la interna peronista, *Línea* se propuso disputar sentido para afirmarse como portavoz doctrinario autorizada de la “línea nacional”, tal como quedaba postulado en su nombre y en el agrupamiento antes mencionado. Esta empresa discursiva implicó la reivindicación de la impronta movimientista del peronismo, particularmente en confrontación con la estrategia de los antiverticalistas, que privilegiaban la organización partidaria y habían reclamado la modificación de la Carta orgánica y el voto directo del afiliado para la conformación de sus cargos electivos. Frente a ello, *Línea* denunció que esa corriente, asemejada al partidismo “liberal”, pretendía quedarse con el PJ y convertirlo en un sello electoral para fines propios, desconociendo su tradición de base y su función unificadora respecto a todos los actores dispersos que componían la identidad política peronista:

Si por ceguera de sus dirigentes o por intereses mezquinos partidistas, el peronismo se limitara a constituirse solamente como

“partido”, no solo renunciaría a su misión histórica fundamental, sino que atentaría seriamente contra las posibilidades de reconstrucción y liberación de la Patria. Y el pueblo no se lo perdonaría (“La propuesta justicialista”, *Línea*, 1983, p. 19).

¿Cómo confabulaban los distintos exponentes del liberalismo, tanto externos como internos —incluidos los sectores justicialistas proclives—, contra la voluntad mayoritaria? A partir de las coincidencias entre los partidos “tradicionales” y el gobierno militar en la estricta interpretación liberal—republicana del régimen democrático que lo sucedería, las condiciones impuestas por el Estatuto de los Partidos Políticos y las normalizaciones partidarias prescritas fueron vistos como recursos concomitantes en tal sentido. Resultaban artilugios para impedir la adecuada recomposición de las fuerzas políticas del peronismo y perpetrar un “fraude electoral” en perjuicio de una victoria que, sin esos obstáculos, se daba por asegurada en comicios libres (“El país sin rumbo, nadie gobierna”, *Línea*, 1982, p. 3). Por contraste, la impronta mayoritaria y la infalibilidad electoral del peronismo daban lugar a la exigencia de *Línea* de una pronta reconstrucción política tendiente a la unificación y al fin de la fragmentación interna. La amplia circulación de su discurso —legitimado en sus ventas, en la función intelectual que pretendía encarnar y en la trayectoria de quienes componían su redacción— debía prescribirla como promotora destacada del sendero doctrinario correcto para alcanzar la homogeneidad perdida. Así, la portada de enero de 1983 planteaba lo que para el medio era la síntesis orientativa del programa electoral del justicialismo: “Revolución en paz. Unidad Nacional. Reconciliación con justicia” (1), términos —al menos las dos primeras frases— que buscaban legitimarse en la invocación al Proyecto Político del Perón del retorno de 1973-1974.²⁰

20 Perón había retornado al poder con la promesa de moderar las demandas revolucionarias de los sectores de la izquierda de su movimiento, equilibrar las tensiones internas del peronismo, acercarse a los partidos políticos opositores de línea nacional-popular como la UCR y asegurar la conciliación económica entre los sectores del capital y el trabajo. Por otra parte, la idea de “Reconciliación con justicia” se ligaba al presente de 1983, cuando las consecuencias de la represión clandestina eran ya tema de discusión pública y diversos sectores proponían una “reconciliación”, pero que implícitamente suponía la impunidad de las fuerzas militares que habían conducido la represión ilegal.

El tortuoso camino a la candidatura

Al promediar 1982, en los inicios de la competencia entre partidos, *Línea* condenaba una declaración dirigencial no identificada que buscaba instalar la candidatura Isabel Perón-Bittel y la caracterizaba como “más propia de los servicios de inteligencia del régimen que surgida del mismo peronismo” (“El país sin rumbo, nadie gobierna”, *Línea*, 1982, p. 4). No solo desligaba a la ex presidenta de la iniciativa —merced a fuentes anónimas le atribuía sentirse “usada” por esas maquinaciones intestinas—, sino que entendía que esa clase de trascendidos en el fondo procuraba el mantenimiento de la división del peronismo, dado que Isabel no resultaba una figura de consenso (“Desde la Roma decadente hasta el Proceso en agonía”, *Compañero*, 1982, p. 17; “La propuesta justicialista”, *Línea*, 1983, pp. 16-20).²¹ Pero, inducida por la danza de nombres, que incluía a dirigentes variopintos en su influjo interno y posicionamiento frente a la dictadura como Ángel Robledo, Raúl Matera, Ítalo Luder y Antonio Cafiero,²² y en razón de la legitimidad invocada como órgano doctrinario, *Línea* intervino para intentar terciar en la disputa e influir en la selección de la fórmula. Con arreglo a este propósito, dedicó las ediciones sucesivas a insistir en tres operaciones discursivas: determinar los principios constituyentes del peronismo en tanto movimiento y tradición política trascendentes a las estructuras partidarias, definir las características ideológicas y actitudinales acordes del candidato a elegir, y pronunciarse sobre la inminente elección de

21 La revista tenía contacto directo con el entorno de la expresidenta, por cuanto su antiguo jefe de redacción, Ricardo César Fabris, atendía en su nombre a la prensa y gestionaba los pedidos de entrevistas personales (Ferrari, 2013, p. 33).

22 Robledo, titular de la Coordinadora de Acción Justicialista y ministro de los distintos gobiernos peronistas previos a 1976, estaba asociado igual que Matera -titular del Movimiento de Reafirmación Doctrinaria y efímero delegado de Perón en los años 60— a la centroderecha antiverticalista, que enfatizaba la organización partidaria por sobre la raigambre movimientista y en el pasado reciente había favorecido el diálogo y negociación con las autoridades militares (Ferrari, 2023, p. 26). El ya mencionado Cafiero y Luder, ex legislador, presidente provisional en 1975 y representante del PJ en la Multipartidaria, eran referentes dentro de los espacios mayoritarios y habían sostenido un distanciamiento más marcado con la dictadura. El segundo mantuvo, al mismo tiempo, cierta equidistancia en el contexto de multiplicación de siglas internas partidarias.

autoridades partidarias, que anticipaba la elección de la candidatura presidencial (“El candidato de Perón”, *Línea*, 1983, pp. 16-20; “La interna peronista”, *Línea*, 1983, pp. 16-19).

Línea partía de un hecho incontrastable en el Justicialismo: la falta de una conducción política que asegurara un consenso general sobre la fórmula presidencial; elección que, además y a la inversa, tampoco resolvería la cuestión de la conducción (“El candidato de Perón”, *Línea*, 1983, p. 17). A ello se adicionaba que la exigüidad temporal de los plazos y procedimientos impuestos por el Código Electoral ponían de relieve para la revista la desunión interna, la escasa representatividad y la falta de iniciativa de las autoridades partidarias, todo lo cual devendría en una candidatura condicionada por limitarse su elección en lo formal a los afiliados. Quedaba sentada la dicotomía entre el Justicialismo como partido formal, encorsetado en el reglamentarismo “liberal”, y el peronismo entendido como “movimiento nacional” expresivo de las masas populares. Justamente, la candidatura debía trascender el marco partidario y ratificar su legitimidad en función de representar a las mayorías (“El candidato de Perón”, *Línea*, 1983, p. 17). Pero, un poco paradójicamente, *Línea* comenzó más tarde a leer en la participación ampliada en las internas de los afiliados provinciales, cuya cuantía se había incrementado fuertemente en aquellos meses, un desborde de los mecanismos “demoliberales” llamado a comenzar a traducir la voluntad real de las bases y rebasar las maquinaciones de las dirigencias metropolitanas y de los agentes dictatoriales. A falta del decisionismo prevaleciente en vida de Perón, ante la prescindencia de su sucesora y la ausencia de un candidato indiscutible, debía evitarse el “grave peligro” que la voluntad “cupular” de unos pocos suplantara la voluntad colectiva: “Hemos dicho y lo sostenemos, que el único verticalismo posible [...] es el que parte de abajo hacia arriba”. El mecanismo ordenador de las disputas internas en torno al nombre elegido tenía que ser, entonces, el plebiscito fáctico de las bases peronistas.

Ahora bien, ¿cuál era el contenido de la propuesta política promovida por *Línea*? Desde su inicio fue asociada al Modelo

Nacional del tercer gobierno de Perón, al Pacto Social²³ y, en suma, a la concertación con el resto de las fuerzas políticas para estabilizar la sociedad. Frente a la imagen del “caos” con que la dictadura había caracterizado esa última gestión justicialista, y a la vista de la crisis política y económica presente, *Línea* insistía en la faceta ordenadora y pacificadora (la “revolución en paz” en la portada ya mencionada) del extinto líder, que por derivación virtuosa debía caracterizar al candidato y a la plataforma política partidaria (“Directivas imperialistas. Tiren contra Perón”, *Línea*, 1983, pp. 16-19).

En campaña

Aunque se aplicó a enunciar las condiciones personales preferentes en la renovación de los liderazgos, y en particular de quienes fueran designados para la competencia electoral, durante la extendida e intrincada etapa de las elecciones internas provinciales, *Línea* difirió su preferencia casi hasta el momento de confirmación del binomio Luder-Bittel. Este cálculo tampoco le impidió cuestionar previamente a contendientes como el antiverticalista Matera, sin mayores apoyos internos y descalificado para la revista por sus conexiones castrenses. Su cautela le había evitado ingresar en el terreno de la controversia faccional y sostener su discurso de unidad y representatividad de todos los sectores no comprometidos con la dictadura. Pero, tras la concreción de una reunión que decidió el apoyo del grupo editor a Luder, *Línea* se abocó a impulsar abiertamente la fórmula mencionada. Esta definición tuvo como consecuencia, por otro lado, la renuncia de Rosa en disconformidad (Manson, 2009, pp. 363-364). En su reemplazo asumió la dirección el hasta entonces columnista Fernando García Della Costa y a la acentuación del tono militante y proselitista del medio.²⁴ Así, el primer número de agosto tenía en su portada una foto

23 En relación con el acuerdo ungido en junio de 1973 entre el Estado, los sindicatos y los empresarios cuyo núcleo central era una política de ingresos concertada.

24 De parte de la revista no hubo una explicación sobre su súbita renuncia. Manson (2009, pp. 363-364) menciona un testimonio anónimo que la vincula a su animadversión hacia Luder -en razón de su paso por la oposición a Perón en 1945, cuando todavía era afiliado de la UCR-, a una decisión inconsulta de encabezar la portada con su imagen y también a que el propio director de *Línea* había fantaseado con una posible precandidatura presidencial.

de Luder, siendo la primera vez que un dirigente justicialista, que no fueran Perón o Eva Perón ocupaba esa figuración de portada (Imagen 1). De tal modo, el titular “¿Por qué Luder?”, en tanto el dirigente aún no era candidato oficial, confirmaba la inserción explícita de la revista en la contienda partidaria.



Imagen 1. “¿Por qué Luder?”, *Línea* expone su apoyo a la candidatura de Luder poco tiempo antes de la definición interna (agosto de 1983)

Al interior, el apoyo se repartió entre dos contenidos principales: la nota de portada, ubicada en páginas centrales (“¿Por qué Luder?”, *Línea*, 1983, pp. 24-26), y la transcripción de una entrevista exclusiva al dirigente (“La juventud dialoga con Luder”, *Línea*, 1983, pp. 14-23). Esta última, presentada como la más extensa concedida hasta entonces y dedicada a la difusión de sus posiciones en distintos temas, fue realizada por referentes de la Juventud Universitaria Nacional, grupo afín a los editores de *Línea*. De este modo, se intentaba revalidar el vínculo entre el candidato y las nuevas generaciones, como también se sugería el advenimiento de un peronismo renovado (pero aún no “renovador”) de la mano del entusiasmo expresado en 1983 por la movilización ciudadana —con fuerte anclaje en el sector juvenil—, los concurrecidos actos proselitistas y las afiliaciones masivas. Esta expectativa era subrayada por Luder, quien destacaba la proclividad juvenil a recibir los postulados peronistas luego de siete años de “desinformación”. En coincidencia evidente con las definiciones de *Línea*, y a tono con la coyuntura política, asumía las demandas de democratización al reconocer como impostergable la participación de las bases en la vida partidaria mediante las elecciones internas, y rechazaba cualquier instancia de negociación con un gobierno militar que consideraba “agotado”. La vuelta al Estado de Derecho y a la vigencia de los preceptos constitucionales como factor de ordenamiento se revelaban, en tanto, como premisas constantes de su discurso opositor.

Pero era la nota de tapa como expresión editorial la que evidenciaba las razones del respaldo al candidato. Apelando a la lógica dicotómica, *Línea* invocaba en su persona la unidad del campo nacional liderado por el peronismo en oposición a la candidatura de Alfonsín, descrita como el encabezamiento de un “frente antinacional” —una suerte de “Unión Democrática Reeditada”—²⁵ afín al bando del “imperialismo y la oligarquía”. Por contraste, la postulación de Luder tenía el adecuado fundamento mayoritario por cuanto no había sido emergente de las negociaciones e imposiciones partidarias, sino

25 La Unión Democrática fue una alianza electoral conformada en 1945 con varios partidos —como el radicalismo, el socialismo, los comunistas y los demócratas progresistas—, para hacer frente a la candidatura presidencial de Perón, quien finalmente triunfó en las elecciones de febrero de 1946.

de una espontánea aprobación popular. Habiéndose proclamado como “la voz de los que no tienen voz”, *Línea* asimiló su pretensión representativa con la adquirida por la candidatura:

Nunca hicimos “luderismo”. Ni ningún “ismo” a favor de precandidato alguno. No correspondía. Hasta que la gran intuición popular, esa misma intuición que nunca le falló al General, eligiera, libremente, con sus propios y originales procedimientos, el nombre del candidato (“¿Por qué Luder?”, *Línea*, 1983, p. 25).

Sobre todo, el liderazgo de Luder expresaba para *Línea* la posibilidad de arribar finalmente a la homogeneización de las fuerzas peronistas en la circunstancia electoral (Aboy Carlés, 2001, p. 66). Por ello, la nota apuntó a la resolución de la interna instando al resto de los precandidatos a renunciar a sus pretensiones y a que el resto de las agrupaciones acompañaran su proclamación. Esta demanda urgente subrayaba que la discusión programática específica permanecía en segundo plano, dado que el problema inmediato reconocido seguía siendo —desde 1974 en adelante—, del orden del liderazgo. Así, la suma de las cualidades personales de Luder, su experiencia de gestión, su condición experta (“alguien que no toque de oído. Alguien que sepa”) su apertura a la “modernización” y a la democratización interna, junto a su talante sereno y su reivindicación de la movilización de las bases, le conferían la impronta de “estadista” y debía primar para una etapa sumamente compleja como la que se avecinaba (García Della Costa, *Línea*, 1983, p. 3).

Como derivación ostensible del perfilamiento proselitista del medio, el número siguiente al que contenía la entrevista informaba el lanzamiento de un matutino, *Línea Diario*, para potenciar su predicamento (“A nuestros lectores”, *Línea*, 1983, p. 4).²⁶ Del mismo modo, contenía la cobertura de sendos actos del flamante candidato, el primero de convocatoria cerrada y organizado por la propia revista para reunirlo con exponentes del ámbito cultural, científico y educativo que corporizaban el apoyo de los sectores profesionales, y por derivación, letrados y de clase media. La influencia de *Línea*

26 Sobre la efímera existencia de *Línea Diario* atado al cometido electoral, Ferrari (2013, pp. 364-366) señala que la dirección (paralela) fue ejercida igualmente por García Della Costa y que participó el jefe de redacción de *Línea*, Carlos Acevedo.

quedaba, de este modo, manifestada por su capacidad de convocar a Luder, encarnada también por la participación de Contesti en la mesa junto al candidato. En cuanto al segundo acto, desarrollado públicamente en la localidad cordobesa de Río Cuarto, se ofrecía una transcripción condensada de su discurso y trechos de sus respuestas en la conferencia de prensa posterior. Esta última selección se reducía, sugestivamente, a la agenda de derechos humanos y a la actitud electoral de los sectores ideológicamente progresistas con relación al peronismo: la denominada “Ley de Autoamnistía” y la adhesión a su postulación de expresiones partidarias de izquierda (el Partido Comunista Argentino, el Frente de Izquierda Popular y otros menores) (“Luder presidente. Científicos, profesionales y docentes universitarios adhieren a la candidatura presidencial del Dr. Luder”, *Línea*, 1983, p. 5; “Luder en el interior”, *Línea*, 1983, pp. 6-7).²⁷ Su aparente posición reacia a revisar la iniciativa castrense marcaría *a posteriori* y para siempre su figura pública. Sin embargo, y como mostró la reconstrucción de Franco (2018, pp. 292-293), los pronunciamientos del entonces candidato sobre la validez jurídica y los efectos de su eventual vigencia fueron fluctuantes, y en este caso la revista presentaba una muestra ilustrativa. En sus declaraciones recogidas por *Línea*, a tono con el endurecimiento coyuntural de los pronunciamientos contra la “autoamnistía”, Luder recordaba el rechazo generalizado que había generado, su inconveniencia ética y política y la convicción de que el futuro gobierno constitucional debería derogarla, pero reservando al Congreso nacional esa facultad y al Poder Judicial el tratamiento de sus posibles efectos normativos. En tanto que, para lo atinente a la adhesión de las fuerzas de izquierda, reivindicaba la capacidad del peronismo desde el campo nacional de atraer simpatías de otros espacios ideológicos populares. La mención, además, le permitía antagonizar la histórica raigambre plebeya peronista y el foco compartido en lo social con el sentido de la

27 La ley de “Pacificación Nacional”, denominada en la prensa como de “Autoamnistía”, fue promulgada por el gobierno militar a fines de septiembre de 1983 y procuraba la impunidad de las fuerzas castrenses por sus acciones en la represión clandestina (aunque también incluía la extinción de la acción penal de los delitos con “motivación o finalidad terrorista o subversiva” entre 1973 y 1982). Cabe recordar que *Línea* había manifestado su oposición a toda “autoamnistía”. (“Entre amnistías y amenazas de golpe”, *Línea*, 1983, pp. 3-5).

figura de Alfonsín. El candidato radical era sindicado por el respaldo de las “fuerzas conservadoras” que lo volvían el mascarón de proa de una renovada versión de la confabulación liberal, minoritaria y antinacional por definición.



Imagen 2. La revista radical *Argumento Político* toca un punto sensible: el poder sindical peronista (17 de septiembre de 1983)



Imagen 3. La respuesta de *Línea*. Alfonsín: el hombre del imperialismo norteamericano (*Línea*, septiembre de 1983)



Imagen 4. Alfonsín como continuidad de la dictadura (*Línea*, julio de 1983)



Imagen 5. Alfonsín: hombre del imperialismo y la dictadura (*Línea*, octubre de 1983)

Al respecto y a tono con su apoyo abierto a Luder, *Línea* focalizó de modo descarnado la confrontación discursiva con Alfonsín, polemizando desde su portada con una flamante publicación, inscrita en la constelación política radical, la revista *Argumento Político*. Esta había publicado el 17 de septiembre una nota de tapa titulada “¿Por quién votan los peronistas?” (Basombrío, 1983, p. 343), donde Luder aparecía manipulado por el sindicalista Miguel, imagen que aludía a su pretendida subordinación a los designios de un movimiento sindical connotado de modo peyorativo (Imagen 2).²⁸ Como respuesta, *Línea* proponía una viñeta equivalente, pero reemplazando a Luder por el candidato radical y a Miguel por Ronald Reagan, el presidente estadounidense (Imagen 3). Con un nivel equivalente de crudeza, Alfonsín era presentado como un emisario de intereses espurios, fueran dictatoriales o estadounidenses (“¿Por quién votan los radicales?”, *Línea*, 1983, p. 1).²⁹ En la nota destacaba la subordinación radical a los designios de la potencia del norte, su participación y complicidad con distintos gobiernos militares, incluido el que estaba transitando sus últimos meses, y su predisposición a impulsar las medidas de proscripción del peronismo. Esta “traición”, que había desviado al radicalismo de su camino nacional-popular, había encontrado sin embargo su reconciliación en FORJA³⁰ y en el

28 Esta interpretación era extensiva a otros medios de prensa ligados al liberalismo, como por ejemplo la revista *Somos*, que luego de oficializada la candidatura peronista titulaba en su tapa “Luder al gobierno. ¿Miguel al poder?” (1983, p. 1)

29 Con anterioridad había mostrado a Alfonsín como la mascota “por izquierda” de Reagan (la de “derecha” era el otro precandidato radical, Fernando De la Rúa) (“A mai derechou, mister de la Rua, and a mai izquierdou, mister Alfonsain”, *Línea*, 1983, p. 2). Y en uno de los números de julio, la contraportada mostraba un montaje fotográfico que homologaba una foto de Videla en un gesto optimista (con los pulgares para arriba) con la difundida imagen de campaña de Alfonsín con las manos tomadas. Ambas eran aunadas por el titular, modificadorio de la consigna del candidato radical “Antes Videla... Ahora Alfonsín” (*Línea*, 1983, p. 2). (Imagen 4). La imagen que terminaba de anclar y sintetizar todos estos sentidos peyorativos se condensaba en la contratapa de la edición previa a las elecciones, donde Alfonsín era llevado de la mano por Reagan y la primer ministra británica Margaret Thatcher, acompañado por los principales referentes de la dictadura, en el frente de una manifestación callejera (Imagen 5). Sobre el particular uso discursivo de *Línea* para sus tapas y contratapas, véase Borrelli y Raíces (2018).

30 La Fuerza de Orientación de la Joven Argentina (FORJA) fue una agrupación disidente del radicalismo que actuó entre 1935 y 1945, tenía una prédica nacionalista y antiimperialista (para profundizar, véase Neiburg, 1998, p. 58).

reconocimiento mutuo de Perón y Balbín como líderes en La Hora del Pueblo.³¹ La conclusión para la revista, desde una tónica triunfalista y mayoritaria, marcaba que el ideario histórico radical había sido adoptado por el Justicialismo y, en consecuencia, éste debía ser acompañado por los y las adherentes a la UCR, en desmedro de la “continuación disfrazada del Proceso” encarnada por Alfonsín (“¿Por quién votan los radicales?”, *Línea*, 1983, pp. 24-29; “Radicalismo y Alfonsinismo”, *Línea*, 1983, p. 23).

En las vísperas comiciales, *Línea* reforzó su convocatoria a la “unidad nacional total” detrás de Luder, bajo la comprensión no solo de la polarización existente, sino de que las circunstancias exigían, tras la victoria, un “presidente fuerte” con legitimidad amplia para imponer cambios, según proponía, en una reforma constitucional (García Della Costa, 1983, p. 3.). En segundo término, publicó como nota de tapa un exaltado alegato final en favor del candidato, donde elogiaba nuevamente su trayectoria, le asociaba la propia en términos opositores a la dictadura (siendo que la revista había reivindicado ese perfil), y lo ponderaba como auténtico exponente de la unidad pregonada:

Línea, nacida en la etapa más negra de la dictadura [...], varias veces secuestrada, allanadas sus oficinas, procesados sus directores, no puede sino reconocer en el Dr. Luder a un compañero solidario en la lucha contra la dictadura, a un hombre de coraje que no guardó silencio cuando todos —o casi todos— callaban, a un militante del pueblo que aun en los peores momentos siempre conservó la fe en el triunfo final (“El rol histórico de Luder”, *Línea*, 1983, p. 28).

En el panegírico, el candidato quedaba de modo implícito consagrado como Conductor y continuador del legado peroniano; tal era, según el título del texto, el “rol histórico” de Luder. Desde esta lectura, su figura aseguraba el anudamiento entre el pasado y el presente, más que hacia el futuro, de la vocación presidencialista y verticalista del peronismo, el carácter mayoritario y su voluntad

31 La Hora del Pueblo fue un acuerdo multipartidario encabezado por el PJ y la UCR en 1970 para presionar al gobierno militar de la “Revolución Argentina” (1966-1973) para que convoque a elecciones.

transformadora en el marco institucional. Tras el unanimismo aparente quedaban omitidas, por contraste, la vinculación del candidato con la historia reciente previa a 1976³² y las circunstancias concretas de su elección, que lejos estaban de mostrar un peronismo clarificado en su liderazgo y proyecto político. El elogio reforzaba también cierta idea de predestinación de la hora —“Nadie escapa a Cestino y este se realiza cuando las circunstancias encuentran al hombre” (“El rol histórico de Luder”, *Línea*, 1983, p. 27)—, que dejaba en la penumbra las anteriores demandas de la revista por la democratización, frente al imperativo del resultado electoral positivo y el retorno al poder. Acaso como muestra definitiva del énfasis proselitista y de la renuncia voluntaria a toda independencia intelectual en favor de la organicidad electoral, las páginas sucesivas desplegaron la plataforma programática del PJ, reproducida del formato gráfico de los afiches callejeros de la campaña (“Adhesión del Partido Justicialista”, *Línea*, 1983, pp. 30-31).

La derrota

El duro revés en las elecciones del 30 de octubre instaló un espacio de fuerte autocrítica en el peronismo de la que *Línea* formó parte.³³ Así lo expresó desde su portada de noviembre de 1983, que se titulaba en letra catástrofe: “¿Qué pasó? Autocrítica y Propuesta” (Imagen 6). El balance era desarrollado en la nota de tapa que cubría 17 páginas de la edición, una extensión inusual pero que revelaba el impacto sufrido y los desafíos que conllevaban para el “movimiento nacional” (“¿Qué pasó? Autocrítica y Propuesta”, *Línea*, 1983, pp. 18-35). Allí se reconocía que lo ocurrido no era un mero “traspie electoral”, sino una clara “derrota política”. Su explicación se dividía en dos campos, el de

32 Por ejemplo, Luder había sido presidente provisional suplantando a Isabel Perón en octubre de 1975 y firmado los conocidos “decretos de aniquilamiento”, que habían llamado a las fuerzas de seguridad a “aniquilar” a la acción subversiva.

33 La UCR obtuvo el 52% de los sufragios y el peronismo el 40% para la elección presidencial. En el ámbito provincial, el justicialismo obtuvo 12 gobernaciones, el radicalismo 6 y otras agrupaciones 3. A nivel del Poder Legislativo, los radicales obtuvieron 129 bancas para la Cámara de Diputados y 18 senadurías, mientras que el PJ obtuvo 111 y 21, respectivamente (otros partidos obtuvieron 14 bancas para Diputados y 7 senadurías).

la culpa “de los otros” y el de las “nuestras”. En el primer campo, la clave de la derrota había sido que la prédica de Alfonsín había logrado ilusionar a las clases medias, quebrando la unión que se había dado contra la dictadura en el segundo semestre de 1982 entre ese sector y los trabajadores.³⁴ Si bien reconocía que Alfonsín no representaba “el imperialismo” —en cierto desplazamiento de su prédica durante la campaña—, entendía que detrás de la disgregación de aquella promisoría confluencia social se encontraron los intereses oligárquicos e imperialistas, que habían logrado engañar a los sectores medios. De allí que “Lo que tendría que haber sido un gran triunfo nacional contra el imperialismo y la oligarquía terminó siendo un triunfo, hoy de los sectores medios sobre el peronismo [pero] cuando eso haga crisis por su inviabilidad, será un triunfo de la oligarquía”. A esa suerte de confusión de los sectores medios respecto a sus verdaderos intereses de clase —una evaluación de la intelectualidad “nacional” y revisionista que no era nueva, sino que tenía un gran antecedente histórico con el derrocamiento de Perón en 1955— contribuía que eran los de menor “conciencia nacional”, por lo cual no evaluaban en su justa medida el verdadero poder de la oligarquía y el imperialismo (y, como se desprendía de su argumentación, este extravío iba a terminar atentando contra sus propios intereses). Allende este argumento, se trataba para el peronismo y para el movimiento de un claro “retroceso histórico” —precisamente, de “otro 55” (“¿Qué pasó? Autocrítica y Propuesta”, *Línea*, 1983, pp. 18-35)—, ahora bajo forma electoral. Esta mirada crítica, pero contemplativa con la clase media, era refrendada al reconocer que ésta no era “nuestra enemiga” y que, por el contrario, cuando se enfrentara nuevamente a la desilusión con el nuevo gobierno, debería ser reconquistada para “aislar a la oligarquía y el imperialismo”. En lo inmediato, ante la nueva etapa democrática, parecía indicarle al peronismo que no había que caer en la “trampa del golpismo y la desestabilización”; en última instancia el error político de los sectores medios también se ligaba a las “culpas y errores” propios, porque habían faltado nueve años de “adoctrinamiento y clarificación”.

34 De hecho, sobre la percepción de tal convergencia *Línea* -nos permitimos conjeturar—había hecho bascular su discurso opositor a la dictadura como parte de su propuesta intelectual.



Imagen 6. *Línea* y la derrota electoral (noviembre de 1983)

En el segundo ámbito, el de “nuestras culpas”, lo primero que tenía *Línea* para manifestar era la convicción de una derrota que no tenía “atenuantes” (en particular, frente a quienes pensaban que las doce gobernaciones provinciales ganadas por el peronismo en las elecciones supondrían alguna suerte de “cogobierno”). La derrota era explicada por varios motivos. En primera medida, el “aislamiento peronista”, que había sido confundido con la “independencia partidaria”, cuando en realidad ésta última era la estrategia “enemiga”. Había habido en esa orientación apetencias personales de dirigentes y recelos por suponer que tener aliados era perder espacios de poder; sin embargo, el peronismo había accedido tradicionalmente al poder con una estrategia “frentista”, camino que no había sido tomado en 1983. El resultado electoral había quebrado la percepción sobre la victoria inevitable del justicialismo por sí solo o “aislado”, sostenida hasta entonces por la revista —que había registrado las adhesiones de partidos menores sin entenderlas como parte de un “frente”, por lo demás inexistente—y compartida por gran parte del activismo peronista. En segunda medida, *Línea* mencionaba el “desprecio al pueblo”, algo “imperdonable” para el peronismo, más aún cuando coincidía con el punto central del “pensamiento gorila”.³⁵ Esta actitud de desatención al sustrato argumentativo de la identidad peronista (Neiburg, 1998, pp. 127-130) había hecho suponer a los dirigentes que el pueblo votaría a cualquier candidato justicialista por el solo hecho de serlo, menospreciando así la profunda sabiduría popular. *Línea* apuntaba también a los dirigentes que habían tomado la “incultura como bandera propia”, en un “exhibicionismo de ignorancia” que venía a confirmar así el prejuicio “oligarca” y que había alejado definitivamente a los sectores -seguramente medios, no lo explicitaba—, próximos en otros momentos históricos al peronismo por sus “grandes pensadores” como el propio Perón, Rosa, Scalabrini Ortiz, etc.³⁶ Por ende, también esa “incultura” había de algún modo

35 En alusión a los antiperonistas.

36 El señalamiento anónimo parecía estar destinado a referentes peronistas como el candidato a gobernador bonaerense Herminio Iglesias por sus actitudes provocadoras y violentas (Baeza Belda, 2017, pp. 164-165). En una acción que ya forma parte de la mitología política argentina, Iglesias quemó un féretro con la insignia radical, en el acto de cierre de la campaña peronista, el 28 de octubre en Buenos Aires. La imagen quedó rápidamente asociada a las prácticas políticas violentas y a la prepotencia o el “matonismo” que los opositores le endilgaban al peronismo -de los cuales Iglesias era un exponente para esta mirada-, acciones que habían hegemonizado las prácticas políticas en las décadas recientes y que la democracia prometía superar.

alienado la paciente prédica intelectual de medios atractivos para las franjas letradas, como *Línea*. El otro elemento nodal para explicar la derrota —“la causa de las causas”—ya había integrado el examen crítico de la revista antes del comicio y respondía a la orfandad de conducción política de las bases peronistas desde la muerte de Perón en 1974. Desde ese entonces, solo había habido dirigencias formales detentadoras de un aparato político cada vez más “vaciado” de contenido y sin autoridad real. Esto implicaba también disentir con aquellos que adjudicaban la derrota a un candidato puntual o a acciones tales como la “quema de un féretro” (ahora en clara referencia a la acción del candidato Iglesias en el cierre de la campaña). Sin embargo, no dejaba de apuntar a la dirigencia del momento al indicar la falta de análisis de su caída y fracaso en marzo de 1976,³⁷ cuestionaba el inmovilismo partidario durante la dictadura y que hubiera aceptado en 1982 una reorganización que consideraba impuesta “desde fuera” por las leyes dictatoriales. Ante la falta de conducción política, *Línea* propuso ampliar el estado asambleario en el que, advertía, se encontraba el peronismo, y dar un gran debate interno con presencia de las bases y los militantes. Este debía darse sobre la condición de reafirmar al proyecto peronista como movimiento nacional y no dejarse tentar por las propuestas exógenas y “desviacionistas” que basculaban entre reducirlo a un “partido obrero”, a un partido de rama política sin la pata obrera/sindical (como crítica al “partidismo liberal sin contenido social”) o a un “partido de izquierda” asociado a los intereses soviéticos.

En definitiva, la derrota dejó a la intemperie los problemas que venía atravesando el peronismo, y que habían sido dejados en un segundo plano en el marco de la campaña para focalizar en la diferenciación con el principal contrincante electoral. Desde la responsabilidad intelectual que se arrogaba, la revista pretendió dar

37 Era esa misma dirigencia de 1976 la que había recibido de Perón el “gobierno, el poder y el prestigio” en 1974, lo había “despilfarrado” todo “hasta llegar impotente al 24 de marzo” y luego había sobrevivido con la táctica de “hacerse la desentendida”. Como de sus palabras se desprende, la revista parecía incluir a la propia Isabel Perón en la asignación de responsabilidades. En la valoración de *Línea* persistía la complejidad y ambivalencia de su lugar simbólico dentro del peronismo. Desde su filiación verticalista, la había reconocido por su liderazgo político como heredera de la conducción, reclamado su liberación del cautiverio al que había sido sometida por las autoridades militares luego del golpe de Estado y sindicado como prenda de unidad del peronismo (Raíces y Borrelli, 2016, pp. 457-460).

cuenta de esa omisión entre la dirigencia partidaria, e incluyó en esa revisión su propio rol a partir de haberse sentido parte activa de la campaña —tal la “autocrítica”—. Sin una victoria que funcionara como ordenadora, para *Línea* la ausencia de una conducción política indiscutible obligaba a retomar la propuesta que ya había expresado durante la primera parte de 1983: impulsar una suerte de “verticalismo desde abajo”, donde fueran las bases militantes las que forjaran la nueva orientación peronista y buscaran a quién mejor las representara.

Conclusiones

En el nuevo contexto de transición pos Malvinas la revista *Línea* asumió, desde su rol intelectual, el objetivo de reunir y orientar a los y las “nacionales” bajo la égida peronista, luego de lo que advirtió como la labor disgregadora de la dictadura. La instancia electoral potenció esa intención discursiva y, al igual que en muchos otros sectores aunados por esa identidad política, la demanda de unidad fue incesante en sus páginas. Inicialmente, el antagonismo con la dictadura se reveló como una fructífera instancia de diferenciación y de conformación simbólica de esa identidad en dos planos: hacia la escena pública y también hacia al interior de la disputa peronista. La denuncia del régimen y la impugnación de los sectores propios denominados “antiverticalistas”, proclives al diálogo con aquel, fueron las claves de esa operación. Pero reabierta la competencia política y lanzada la pugna electoral en 1983, la diferenciación se trasladó hacia la candidatura radical, a la que extendió las propiedades negativas atribuidas a los adversarios internos por sus supuestos vínculos con lo que desde la tradición política peronista y revisionista se excluía del continente nacional: el imperialismo, el colonialismo y la oligarquía, los cuales concluida la dictadura iban a encontrar continuidad en la opción electoral rival.

En el ámbito del peronismo, ante la falta de conducción política y la fragmentación interna, *Línea* apostó a una reestructuración desde las bases mediante el voto directo de sus autoridades y candidatos. Su intención de equidistancia discursiva durante la puja interna en los comicios provinciales y en la determinación de la fórmula



presidencial reveló que la autoasumida función intelectual, acaso por factores como el prestigio y subsiguiente autonomía de un director no dependiente de adscripciones partidarias, apostó más a la orientación doctrinaria que a la competencia faccional. Su posterior definición por Luder, que entre sus complejidades condujo indirectamente a la salida de Rosa de la revista, marcó el paso a un discurso militante proselitista, donde la unidad quedaba aparentemente sancionada por la determinación del liderazgo. Se sumaría, así, a una campaña tardía y sujeta a cierta improvisación, pero encarada —también en su caso— bajo la confianza en la “imbatibilidad” peronista. Con ese objetivo, la discusión sobre la identidad del peronismo y la denuncia de su antagonista militar se corrió al de la promoción del candidato presidencial como expresión de los principios históricos y al denuesto del adversario radical.

La dura e inesperada derrota obligó a *Línea*, en tanto, a una amplia reflexión sobre sus posibles motivaciones. Por una parte, procuró asumir las responsabilidades en las propias filas —aunque sin indicar nombres puntuales de dirigentes peronistas— volviendo hacia atrás algunos de los términos de discusión emplazados con anterioridad a los comicios. Esto es, puntualizando la generalizada convicción sobre la falencia de una conducción unificadora desde la muerte de Perón, que Luder nunca pudo llenar más allá de todas las intenciones oficiosas al respecto; marcando el déficit de representatividad surgido de la deriva partidocrática del Justicialismo durante la dictadura —e incluso con anterioridad al golpe de Estado—; y destacando la renuencia partidaria a observar una estrategia frentista, apuntalada por la imagen de infalibilidad electoral ya mencionada. En tal sentido, la revista sostuvo como instancia fundamental para corregir el rumbo partidario la recuperación del principio organizador movimientista. Desde este plano, *Línea* podía alegar que no había sido demasiado escuchada en las elites dirigenciales. Por otra parte, el mensaje de las urnas reforzó paradójicamente su construcción ideológica, expresada en campaña, sobre el poder de las fuerzas antinacionales, hábiles en encubrirse detrás del candidato radical y lograr engañar a los sectores medios, a quienes había que volver a interpelar. Se trataba de una suerte de reinterpretación sobre los vaivenes de la “intelligentsia” y el “medio pelo” enunciados por el pensador revisionista Arturo

Jauretche en torno al golpe de 1955, y ahora legitimados por la vía electoral (Neiburg, 1998, pp. 58-60).

Por último, más allá del diagnóstico y visto en perspectiva histórica, las nociones políticas utilizadas por *Línea* para caracterizar la realidad de 1983 parecieron permanecer más ancladas en la cultura política previa a 1976 —sumidos en la lógica faccional y en conceptos antinómicos—, que en una perspectiva de renovación. Especialmente de cara al futuro de reconstrucción democrática que, aún incierto, para muchos sectores de la sociedad debía consagrar un punto de inflexión que concluyera con el pasado de enfrentamientos violentos e imposiciones autoritarias.



Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Homo Sapiens.
- Baeza Belda, J. (2010, septiembre). La Renovación peronista: el caso de la provincia de Santa Fe (1983-1988). En *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles* (pp. 1335-1348), Santiago de Compostela, España. <https://shs.hal.science/halshs-00531166>
- Baeza Belda, J. (2017). Un asunto interno: La derrota del peronismo en las elecciones argentinas de 1983. *Revista de Derecho Electoral*, (24). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6133134>
- Basombrío, M. E. (2020). La prensa como fuente. El caso de la revista argentina *Argumento Político* (septiembre-diciembre de 1983). En N. Ait-Bachir, R. Irisarri Gutiérrez, V. Rodríguez Infiesta, R. Viguera Ruiz y J. M. Delgado Idarreta (Coords.), *El historiador y la prensa: homenaje a José Miguel Delgado Idarreta* (pp. 333-352). PILAR; Instituto de Estudios Riojanos; Fundación Práxedes Mateo Sagasta. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7654426>
- Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Gili.
- Borrelli, M. (2026). “Un retorno para el retorno. Primera Plana y las elecciones de 1983”. *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación* (303).
- Borrelli, M. y Raíces, E. (2019). “La revista peronista *Línea* y la Multipartidaria (1981-1982)”. *Quinto Sol*, (23).
- Borrelli, M., y Raíces, E. (2018). “Que se vayan”. La revista peronista *Línea* frente a la dictadura militar a través de sus tapas y contratapas (1980-1982). *La Trama de la Comunicación*, (22). <https://latrama.unr.edu.ar/index.php/trama/article/view/662/462>
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto: la interna militar de Videla a Bignone*. Prometeo.
- Estévez Andrade, R., y Méndez, M. (2023). *Ahora Alfonsín*. Margen Izquierdo.
- Ferrari, G. (2013). *1983*. Sudamericana.

- Ferrari, M. (2023). Los partidos políticos en vísperas de la recuperación democrática. Contexto y recursos (1982-1983). *PolHis*, 16(32), 9-42. <https://polhis.com.ar/index.php/polhis/article/view/470/583>
- Franco, M. (2018). *El final del silencio: dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Fondo de Cultura Económica.
- Franco, M. (2023). *1983: Transición, democracia e incertidumbre*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Garategaray, M. (2019). *Unidos, la revista peronista de la transición*. Universidad Nacional de Quilmes.
- García Della Costa, F. (1983, segunda quincena de septiembre). El país necesita un estadista. *Línea*, p. 3.
- García Della Costa, F. (1983, segunda quincena de octubre). Hay que cambiar la Constitución. *Línea*, p. 3.
- Gerchunoff, P. (2022). *Raúl Alfonsín: el planisferio invertido*. Edhasa.
- González Bombal, I. (1991). *El diálogo político: la transición que no fue*. CEDES. <https://repositorio.cedes.org/handle/123456789/3364>
- Jordán, A. (1993). *El Proceso 1976-1983*. Emecé.
- Kornblit, A. L. (2004). Introducción. En A. L. Kornblit (Coord.), *Metodologías cualitativas en ciencias sociales* (pp. 9-13). Biblos.
- Lucero, M. M. (2018). La voz de los que no tienen voz: las editoriales de José María Rosa en la revista peronista *Línea* durante la última dictadura militar (1980-1983). En *VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2018)*, Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo. <http://redesperonismo.org/articulo/la-voz-de-los-que-no-tienen-voz-las-editoriales-de-jose-maria-rosa-en-la-revista-peronista-linea-durante-la-ultima-dictadura-militar-1980-1983/>
- Manson, E. (2009). *José María Rosa: el historiador del pueblo*. Ciccus.
- Martínez, D. (1983, primera quincena de mayo). ¿Quién pagará el pacto? *Línea*, p. 9.

- Mancuso, M. (2015). *La Voz, el otro diario de los montoneros*. Punto de Encuentro.
- Masi, A. (2014). *Los tiempos de Alfonsín*. Capital Intelectual.
- Melo, A. (1989). *La transición política argentina 1982-1983*. Universidad Nacional de Rosario.
- Muiño, O. (2013). *Alfonsín: mitos y verdades del padre de la democracia*. Aguilar.
- Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza.
- Novaro, M., y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar 1976-1983*. Paidós.
- Otal Landi, J. (2018, invierno). Las raíces revisionistas en la transición democrática: el caso de la revista *Crear*. *Testimonios*, 7(7). <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/testimonios/article/view/20819/20443>
- Otal Landi, J. (2025). Compañero, (una) revista de la transición. *Contrafilo*. <https://revistacontrafilo.unla.edu.ar/1063-2/admin/pensadores/>
- Persello, A. (2015). Las elecciones en la segunda mitad del siglo XX. En H. Sábato (Ed.), *Historia de las elecciones en Argentina* (pp. 235-363). El Ateneo.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del “Proceso”: conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*. Homo Sapiens.
- Raíces, E. (2012). “Ante ‘un acto de locura patriótica’. La revista *Línea* aborda el conflicto de Malvinas”. *Question*, (33). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1347>
- Raíces, E. (2020). “¿Pacificación o revancha?. Derechos humanos, oposición y dictadura en la revista peronista *Línea* (1980-1983)”. *Secuencia*, (108). <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i108.1733>.
- Raíces, E. (2021, junio). Cultura, medios y dictadura en la obra crítica de Juan Sasturain (1978-1982). *Avatares de la Comunicación*, (21). <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/avatares/article/view/6174/pdf>
- Raíces, E. y Borrelli, M. (2016). “Un ‘juego solitario’: La revista peronista *Línea* y el “diálogo político” durante la dictadura militar (1980-1981)”. *Postdata* (21). <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/115770>

- Sangrilli, C. (2023). "Y nada ni nadie hará torcer el rumbo hacia la democracia". Saúl Ubaldini y la CGT frente al horizonte democrático. En M. Ferrari y M. Fabris (Coords.), *El año que recuperamos la democracia. 1983: una coyuntura de disputas* (pp. 225-247). EUDEM,
- Suárez, F. M. (2023). Asincronías democráticas. Los partidos políticos entre la dictadura y la democracia. En M. Ferrari y M. Fabris (Coords.), *El año que recuperamos la democracia. 1983: una coyuntura de disputas* (pp. 179-201). EUDEM.
- Suriano, J., y Álvarez, E. (2013). *505 días: la primera transición democrática de la rendición de Malvinas al triunfo de Alfonsín*. Sudamericana.
- Velázquez Ramírez, A. (2019). *La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición argentina (1980-1987)*. Imago Mundi.

Fuentes

- "A mai derechou, mister de la Rúa, and a mai izquierdou, mister Alfonsain". *Línea*, primera quincena de marzo de 1983, p. 2.
- "A nuestros lectores". *Línea*, segunda quincena de septiembre de 1983, p. 4.
- "Adhesión del Partido Justicialista". *Línea*, segunda quincena de octubre de 1983, pp. 30-31.
- "Antes Videla... Ahora Alfonsín". *Línea*, segunda quincena de julio de 1983, p. 2.
- "Convocatoria". *Línea*, segunda quincena de septiembre de 1982, p. 2.
- "Desde la Roma decadente hasta el Proceso en agonía". *Compañero*, diciembre de 1982, p. 17.
- "Directivas imperialistas. Tiren contra Perón". *Línea*, segunda quincena de marzo de 1983, pp. 16-19.
- "El candidato de Perón". *Línea*, primera quincena de marzo de 1983, pp. 16-20
- "El país sin rumbo, nadie gobierna". *Línea*, segunda semana de septiembre de 1982, pp. 3-5.

- “El rol histórico de Luder”. *Línea*, segunda quincena de octubre de 1983, pp. 25-29.).
- “Entre amnistías y amenazas de golpe”. *Línea*, primera quincena de junio de 1983, pp. 3-5.
- “Finanzas de la política”. *Compañero*, diciembre de 1982, p. 23.
- “La interna peronista”. *Línea*, primera quincena de abril de 1983, pp. 16-19.
- “La juventud dialoga con Luder”. *Línea*, primera quincena de agosto de 1983, pp. 14-23
- “La propuesta justicialista”. *Línea*, enero de 1983, pp. 16-20.
- “Luder al gobierno. ¿Miguel al poder?”. *Somos*, 9 de septiembre de 1983, p.1.
- “Luder en el interior”. *Línea*, segunda quincena de septiembre de 1983, pp. 6-7.
- “Luder presidente. Científicos, profesionales y docentes universitarios adhieren a la candidatura presidencial del Dr. Luder”. *Línea*, segunda quincena de septiembre de 1983, p. 5
- “¿Por quién votan los radicales?”. *Línea*, segunda quincena de septiembre de 1983, p. 1.
- “¿Por quién votan los radicales?”. *Línea*, segunda quincena de septiembre de 1983, pp. 24-29.
- “¿Por qué Luder?”. *Línea*, primera quincena de agosto de 1983, pp. 24-26.
- “¿Qué pasó? Autocrítica y Propuesta”. *Línea*, noviembre de 1983, pp. 18-35.
- “Radicalismo y Alfon-cinismo”. *Línea*, segunda quincena de octubre de 1983, p. 23.
- “Revolución en paz. Unidad Nacional. Reconciliación con justicia”. *Línea*, enero de 1983, p. 1.
- “Se va a acabar...? Una consigna, dos líneas políticas”. *Línea*, enero de 1983, p. 8.
- “Su cotidiana preocupación, ventas”. *Línea*, primera quincena de junio de 1983, p. 2.